

## **El Perro, Rosa Montero**

La carta que pedía no matar al perro de Teresa, sino ponerlo en observación, reunió en 12 horas 400.000 firmas. Llevo muchos años luchando en este país por los animales, y les aseguro que, por desgracia, no hay 400.000 personas tan animalistas como para movilizarse con tanta rapidez. Creo que los que luego repitieron el tópico de “tanto preocuparse del perro y nada de los 4.000 muertos en África” (me pregunto cuánto habrán hecho ellos por los africanos) no comprendieron lo que pasó. Fue el propio Javier, el marido, quien lanzó una petición desgarradora pidiendo que les ayudaran a salvar a *Excalibur*, a quien consideraban parte de su familia. Y hubo muchos que, aun sin saber de perros, empatizaron con el dolor de ese hombre y esa mujer; con su condición de víctimas inermes de una situación espantosamente mal gestionada. Lo decía un tuit de Toni García Ramón: “Coges el ébola que ellos han traído. Te echan la culpa; tiran la puerta de tu casa; matan a tu perro”. Los expertos pedían conservar al animal para investigarlo, y en la cerrazón de ni siquiera planteárselo muchos vimos la prueba de la incapacidad del Gobierno ante la crisis y de su falta de sensibilidad. Deberían haber confesado mucho antes (lo hizo días después un veterinario) que no tenían recursos para aislar al perro. Y es que, en efecto, todo ha sido un desastre: trajes inadecuados, falta de educación en su uso, fallos de control y, para peor, la suprema indecencia de culpabilizar a la víctima, como hizo ese despreciable consejero al que ni siquiera han destituido. Lluve sobre mojado: de nuevo la incapacidad criminal de este Gobierno, su falta de autocrítica, la desvergüenza de culpabilizar a las víctimas de sus propios desmanes. Por eso firmamos. Todos somos Teresa, todos somos Javier, todos somos *Excalibur*.

## **Frikismo, Rosa Montero**

Me agota la intensidad de este país. España es una total anomalía. A lo largo de mi existencia he tenido que apechugar, como tantos de mis coetáneos, con una dictadura; con las luces y los soponcios de la Transición, que fueron de órdago (anónimos amenazantes, avisos o estallidos de bombas, matanza de Atocha.); con un golpe de Estado; con la feroz sangría y el terror que imponía ETA (llegó a asesinar a casi 100 personas al año); con la desolación de las torturas y los crímenes perpetrados por el GAL; con el paroxismo de fractura social que se derivó del atentado del 11-M; con el brutal, agónico empobrecimiento que ha traído la crisis; con el inaudito nivel de corrupción y mangoneo; con un secesionismo catalanista y un inmovilismo españolista que a mí me parecen de opereta... Qué ganas de ser suiza, por ejemplo, y hartarme de normalidad hasta aburrirme.

Y ahora, como guinda del pastel, el pequeño Nicolás. Nos lo merecemos. Puesto que somos un país tan anómalo, una nación tan friki, lo suyo es que el frikismo estalle en esta apoteosis nicolasiana. Supongo que hubo quien metió la pata y lo apadrinó a modo de mascota; pero lo que más pavor da es que alguien (desde los políticos que lo trataron a los ciudadanos) se haya podido creer el delirante relato de este chico: estamos tan acostumbrados a que la realidad nacional sea estrafalaria que ya nos tragamos cualquier cosa. Para más bochorno, ahora lo hemos convertido en el personaje de moda: los medios hablan hasta el hastío de él como si fuera un tema serio. No sé, a mí me parecen serias otras cosas, como, por ejemplo, que España sea el segundo país de los 28 de la UE con mayor tasa de pobreza infantil (un 30%, sólo nos supera Rumanía). No sé si morirme de pena o de risa.

## **El negro no entiende. Rosa Montero**

Estamos en el comedor estudiantil de una universidad alemana. Una alumna rubia e inequívocamente germana adquiere su bandeja con el menú en el mostrador del autoservicio y luego se sienta en una mesa. Entonces advierte que ha olvidado los cubiertos y vuelve a levantarse para cogerlos. Al regresar, descubre con estupor que un chico negro, probablemente subsahariano por su aspecto, se ha sentado en su lugar y está comiendo de su bandeja. De entrada, la muchacha se siente desconcertada y agredida; pero enseguida corrige su pensamiento y supone que el africano no está acostumbrado al sentido de la propiedad privada y de la intimidad del europeo, o incluso que quizá no disponga de dinero suficiente para pagarse la comida, aun siendo ésta barata para el elevado estándar de vida de nuestros ricos países. De modo que la chica decide sentarse frente al tipo y sonreírle amistosamente. A lo cual el africano contesta con otra blanca sonrisa. A continuación, la alemana comienza a comer de la bandeja intentando aparentar la mayor normalidad y compartiéndola con exquisita generosidad y cortesía con el chico negro. Y así, él se toma la ensalada, ella apura la sopa, ambos pinchan paritariamente del mismo plato de estofado hasta acabarlo y uno da cuenta del yogur y la otra de la pieza de fruta. Todo ello trufado de múltiples sonrisas educadas, tímidas por parte del muchacho, suavemente alentadoras y comprensivas por parte de ella. Acabado el almuerzo, la alemana se levanta en busca de un café. Y entonces descubre, en la mesa vecina detrás de ella, su propio abrigo colocado sobre el respaldo de una silla y una bandeja de comida intacta.

Dedico esta historia deliciosa, que además es auténtica, a todos aquellos españoles que, en el fondo, recelan de los inmigrantes y les consideran individuos inferiores. A todas esas personas que, aun bienintencionadas, les observan con condescendencia y paternalismo. Será mejor que nos libremos de los prejuicios o corremos el riesgo de hacer el mismo ridículo que la pobre alemana, que creía ser el colmo de la civilización mientras el africano, él sí inmensamente educado, la dejaba comer de su bandeja y tal vez pensaba: "Pero qué chiflados están los europeos".

## **La Vida, Manuel Rivas**

En relación con el ébola, la gente se queja de que no hay información. De todas formas, en lo más oscuro, emerge la figura totalmente transparente del consejero de Sanidad de Madrid. Una transparencia demasiado transparente. La transparencia aterradora, mal enmendada luego, de intentar culpabilizar a la enfermera que se jugó la vida cumpliendo su misión. Esta transparencia inversa es ya un resorte tradicional de nuestro fogoso *Establishment*, por lo menos desde la expulsión de los judíos, culpables ellos de su expulsión. Hubo otro detalle muy transparente, de apariencia personal, pero de alto contenido histórico, y fue cuando el consejero declaró que no le importaría dimitir porque él ya tenía "la vida arreglada". Se estaba hablando de lo que se estaba hablando, de un sin vivir, pero allí teníamos a un líder que transmitía serenidad y seguridad. Un hombre con "la vida arreglada". Se recupera el concepto de economía honesta, de poner coto a la desigualdad. Eso será por ahí adelante. Aquí y ahora, yo lo único que veo es, como diría Mariano, una "malleira". Los cuatrocientos golpes. Una paliza social. Vivimos en una sociedad de riesgo, en la incertidumbre. Muchos miles de familias, más que el año anterior, van a pasar un invierno demasiado transparente, sin recursos para la calefacción, con las tripas revueltas y el ánimo congelado. Hay que reconocer el coraje, el cuajo y hasta la cara al señor

consejero de Sanidad, esta su generosidad de revelar el secreto de que al menos hay gente con “la vida arreglada”. Me emociona saberlo. Me gustaría abrazarlo, felicitarlo. Preguntarle cómo se hace eso, lo de arreglar la vida. Y agradecerle la información más que sanitaria. Saber que en España hay tres clases sociales. Los que tienen “la vida arreglada”. Los que se buscan la vida. Y quienes se la juegan.

### **Mono alfa, Manuel Vicent**

Para que la raza humana desaparezca del planeta no hay que esperar miles de millones de años a que el Sol se convierta en una supernova, de forma que su bola de fuego llegue hasta el pie de nuestro lecho o a que la Luna, cuando se aleje un poco más de la Tierra, rompa su equilibrio y se levanten los mares por encima del Himalaya. Para que la Tierra se convierta de nuevo en un planeta de monos tampoco será necesario que se produzca una guerra atómica. El Hombre se ha coronado a sí mismo rey de la creación y la megalomanía le lleva a creer que se merece una lluvia de estrellas a la manera de un gran musical como remate de su existencia, pero este sueño apocalíptico es una prueba más de un orgullo vano. Lo más probable es que el final del reinado del Hombre sobre la Tierra no se deba a un fracaso del universo ni siquiera a un aguacero de misiles nucleares, sino a un mosquito, a una pulga, a una bacteria, o a algo mucho más indigno, a que el Hombre por sí mismo decida volver al mono, como predijo Schopenhauer. La pulga que trajeron las ratas a Venecia por la ruta de la seda produjo la peste bubónica y se llevó por delante a un tercio de la población europea del siglo XIV. La mal llamada gripe española en 1918 generó cuatro veces más muertos que la Primera Guerra Mundial. Cientos de miles de personas mueren de malaria cada año. Pero como en los bombardeos masivos sobre ciudades abiertas de cualquier guerra, también en las epidemias bacteriológicas siempre son los más inocentes y los más pobres los que más mueren. Puede que sea un virus muy humilde, aún desconocido, el encargado de poner de nuevo a un mono alfa en su trono como rey absoluto del planeta. Este y no otro será el que toque las trompetas del Juicio Final.

### **Salvación, Manuel Vicent**

He visto de cerca a unos héroes, los médicos sin fronteras, luchar contra el cólera, la malaria y cualquier peste en África con riesgo de la propia vida. He visto a estos héroes de cerca batirse en el infierno del campamento de refugiados hutus después de la matanza de Ruanda. Los he visto actuar entre los campesinos colombianos desplazados bajo la doble violencia y amenaza de la guerrilla y de los paramilitares. También he visto la labor humanitaria de algunos misioneros en la selva. Sin duda es admirable el sacrificio de estos religiosos en favor de los pobres, pero tal vez su principal misión consiste en convertirlos a nuestra religión, en salvar su alma sin dejar de atender su cuerpo y esperar de Dios una recompensa en el cielo. Los otros héroes no esperan nada, salvo la satisfacción de haber cumplido con un deber de humanidad. Me recuerdo de niño con una cabeza de negro, de chino o de piel roja a modo de hucha pidiendo limosnas para las misiones. No seré yo quien deje de valorar esta causa. Solo que ahora viendo crecer el imperio chino, el orgullo de la raza negra y la rebelión de los indígenas americanos la imagen de aquellas cabezas de infieles de porcelana en mis manos con una abertura en el cráneo para las monedas me produce un sentimiento de vergüenza irremediable. Hoy la peste ya no conoce fronteras. Los virus más letales pronto tendrán paso franco por todas las aduanas. Pero existen unos héroes modernos, agnósticos o creyentes, solo movidos por la solidaridad, dispuestos a desafiar el peligro en medio de cualquier tragedia. He visto de cerca a estos

médicos sin fronteras, enfermeras y cooperantes arriesgar el pellejo al enfrentarse a la bestia en el corazón de las tinieblas solo en busca de la dignidad humana sin esperar ninguna salvación que no sea aquí en la tierra.

### **La llamada, Manuel Vicent.**

No había nadie en el bar salvo ellos dos, una pareja de adolescentes sentados frente a frente, bebiendo inocentes refrescos de naranja. En la mesa entre los vasos habían dejado abiertos los teléfonos móviles, que sonaban a veces y entonces él o ella se ponía a charlar alegremente con un ser ajeno e invisible mientras el otro se quedaba hierático. El chico estaba muy enamorado de la chica, pero era incapaz de manifestarle su pasión. Sólo se atrevía a mirarla con intensidad a los ojos y ella ya había captado las turbulencias del corazón de su amigo y también le amaba, pero no podía ayudarle en nada, debido a su extremada timidez. Hablaban de cosas anodinas, sin comprometerse en absoluto. Las palabras iban del uno al otro directamente a través de la vibración del aire sobre el mármol de la mesa. El chico necesitaba declarar su amor y la chica esperaba que lo hiciera ya de una vez, un sueño imposible, porque entre ellos había una barrera psicológica insalvable. Cualquier gesto o inflexión de voz, al estar sus rostros tan cerca, podía delatar un sentimiento íntimo y eso les llenaba de terror. Había media luz en el bar, el hilo musical vertía una melodía propicia y los labios de los enamorados permanecían a una mínima distancia infranqueable. El corazón de los adolescentes tiene hoy un compartimento más. Se compone de dos ventrículos, de dos aurículas y de un teléfono móvil, que también bombea sangre. De pronto, este joven tímido y enamorado tuvo una inspiración. Usó el móvil para hablar con la chica que tenía delante sin dejar de mirarla profundamente a los ojos. Cuando sonó la llamada la chica descolgó. La pareja comenzó a hablarse de forma descarnada como si fueran invisibles. Ninguno de los dos ignoraba que a través de los móviles su voz se convertía en ondas electromagnéticas, viajaba al espacio sideral y luego volvía para penetrar en el cerebro del otro. Brutalmente desinhibido el chico le dijo la amaba. La chica le contestó que todas las noches soñaba con él, pero sus expresiones de amor sin amarras tenían dos vehículos: una voz recorría el aire sobre la mesa del bar por medio de la vibración natural y sonaba terriblemente vulgar; la otra bajaba desde un satélite de la estratosfera cargada de libertad e imaginación. "Te amo, te amo"-le decía el chico. "Oigo dos voces a la vez, ¿a cuál de ellas debo creer?"- preguntó ella. El chico le dijo que creyera en el amor que a través de las ondas magnéticas le llegaba por la sangre hasta el corazón.

### **Mutaciones, Julio Llamazares**

Vengo de Italia sobrecogido. En la mutación continua que como especie estamos experimentando los humanos desde la aparición del teléfono móvil, ese aparato que acerca a los que están lejos y aleja a los que están cerca y que últimamente sirve incluso para hablar, el último escalón ya no es el *selfie* (autofoto en español) sino el *teleselfie* o autofoto a distancia, algo que se consigue con ayuda de un nuevo aparato, una especie de bastón articulado al estilo de los de los montañeros en cuya punta lleva un resorte en el que se encaja el móvil y que permite una visión panorámica del fotografiado. O sea, de uno mismo.

Lo que se consigue así es no solo aparecer en todas las fotos (que luego se transmiten por la Red a los conocidos, les interesen o no, incluso a los desconocidos, pues la Red las rebota *ad infinitum* por el espacio etéreo), sino que el mundo quede detrás de uno a la

manera de los decorados de las fotografías antiguas o de los trampantojos paisajísticos de los retratos de cámara de reyes o de aristócratas. Ello no tendría interés (si ya no reparamos en la borrachera de egolatría y de narcisismo que suponen como género los blogs, los tuiters o los whatsapp, ¿cómo vamos a hacerlo en la que implica estar fotografiándose uno a sí mismo continuamente?) si el *teleselfie* no supusiera también una nueva mutación antropológica, pues obliga a estar de espaldas al monumento u objeto de nuestro interés, ya sea este el Coliseo, el balcón del Vaticano o la Fontana de Trevi. Con lo que ahora los sitios turísticos no solo están atestados de japoneses que lo fotografían todo, sino que la mayoría lo hacen de espaldas, dándole la vuelta a un mundo en el que de repente uno queda descolocado de nuevo.

Y yo preocupado por el más allá.

### **Qué agobio, Juan José Millás.**

Nos estamos quedando sin palabras. Todos: los tertulianos, los camareros, los filósofos, los matrimonios, los adolescentes, los coroneles, los militares sin graduación, el personal alterno, el subalterno, los bomberos y hasta el cuñado que disponía de una opinión para cada asunto y de un proverbio para cada suceso. El personal se queda sin palabras cada vez que se asoma al periódico o al telediario, cuando escucha la radio, cuando aparece en los papeles un capítulo más de Bankia o un apartado nuevo de los ERE, cuando emerge un dirigente sindical corrupto o un rojo infectado, cuando se manifiesta una trama secundaria de la gestión del ébola, cuando los populares hablan de populismo, cuando Valencia, cuando el FMI, cuando la troika, cuando el Banco Central, cuando Ana Mato, cuando Javier Rodríguez, cuando Cañete, cuando la cesta de la compra, cuando Cataluña... Nos quedamos sin palabras, sin saber qué decir, afásicos; los hechos superan nuestra capacidad de respuesta, de análisis, rompen nuestras defensas. Intentamos hablar y nos sale un gemido, ay.

Se nos caen las palabras del vocabulario como el alma a los pies. Abrimos la boca para expresar nuestro asombro ante el grado de corrupción institucionalizada, de desfachatez, de atropellos políticos, y económicos, y judiciales, y sale otro suspiro, ay, ay. España dice ay con un termómetro debajo de la axila, febril, desfallecida, alérgica a sí misma. Se rasca la nariz y se le pudre el léxico. El léxico vendría a ser como los glóbulos rojos, los eritrocitos o hematíes, encargados de transportar el oxígeno a cada una de las células. Pues eso, sí, que nos quedamos sin oxígeno, sin aire, perdemos la respiración cada mañana, al encender la radio. Qué desazón, qué agobio.

# EDITORIALES

## Modelos y tallas saludables

¿Cómo es posible que la inmensa mayoría de las chicas con delgadez severa estén satisfechas con su imagen? Este revelador dato, incluido en el estudio hecho por el Ministerio de Sanidad en busca de la unificación de las tallas de ropa de las mujeres, da una clara idea de la influencia que la estética de las modelos y de la publicidad tiene en la población femenina, especialmente en el sector más vulnerable: el de las más jóvenes. Porque la delgadez, severa o moderada, está concentrada, según el mismo estudio, en las chicas de menos de 19 años, otro dato preocupante. Muchas mujeres que siguen el dictado de la moda, aunque no sea al pie de la letra, no pueden evitar ver ahora algo gruesa, por ejemplo, a la modelo Cindy Crawford en sus famosos vídeos de gimnasia de hace 20 años, aunque entonces la vieran estupenda. El dictado de la moda cambia nuestros gustos estéticos, los de las mujeres y los de los hombres, de manera casi imperceptible pero real. La sociedad se ha acostumbrado a una estética femenina que ya no es sólo sacrificada para las mujeres y ensalza de forma desproporcionada los valores estéticos frente a otros, sino que es también insalubre.

Tras la necesaria iniciativa emprendida por Sanidad, hace falta abordar otras. La primera, la revisión de la publicidad. No se trata de promover medidas en exceso reglamentaristas, pero una vez que se ha comprobado que el dictado de la moda provoca situaciones que ponen en riesgo sanitario a muchas mujeres, sí se trata de poner freno a la dictadura sin control de los cánones dominantes.

En las tiendas de muchos grandes modistos, los dependientes hacen gala a menudo de no tener ni siquiera tallas normales (una 42, por ejemplo) y es frecuente que en la 40 no quepa una mujer que use esta talla normalmente. Pretenden seguramente que sólo luzcan su ropa las *elegidas*, por la talla. Una vez que éstas se unifiquen se podrá señalar con el dedo a quienes sólo busquen vestir a las delgadas, a los que hagan caso omiso de los costes que tiene esta estética para la sociedad, pero también a los que ajusten las tallas a las mujeres y a los hombres con hábitos saludables. El País, 10 de febrero de 2008

## Basta de Nostalgia, El País, 3 de octubre

La revelación de que en 1976 Estados Unidos estuvo a punto de desencadenar un conflicto de impredecibles consecuencias con la Unión Soviética, cuando sopesó la idea de bombardear Cuba, nos recuerda que el pasado no fue de ninguna manera una época tranquila y exenta de dudas y riesgos. Y, sobre todo, nos enseña que a pesar de que la situación internacional actual aparezca como caótica, compleja y llena de amenazas, no lo es más que durante las décadas anteriores.

Una de las características de la historia —una sucesión de acontecimientos relacionados, en gran medida explicables a partir de los anteriores— es que quienes la observan pueden pensar que las cosas fueron así porque era lo lógico: lo lógico era que Krushev ordenase en 1962 dar marcha atrás a los buques rusos con rumbo a Cuba y que Kennedy no desencadenara un ataque nuclear contra la Unión Soviética; lo lógico era que los aliados ganaran la II Guerra Mundial; que Moscú terminara arriando la bandera roja del Kremlin y que los países del Este de Europa se liberaran de su yugo; o que la Transición española culminara de una manera exitosa y pacífica.

Nada de esto fue así. Los documentos revelan lo cerca que el mundo estuvo de sufrir una guerra nuclear en 1962; los aliados ganaron una guerra que durante largo tiempo pensaron que perderían, y lo dieron todo para que eso no ocurriera; los primeros que se encaramaron al muro de Berlín en 1989 temieron por sus vidas; y los protagonistas de la Transición vivieron momentos de angustia pensando que todo aquel proceso podría descarrilar en cualquier momento y devolver a España al clima de enfrentamiento de 50 años atrás.

Se puede aprender del pasado para afrontar las situaciones del presente, pero no se debe sentir ninguna nostalgia. A cada generación le toca vivir un tiempo concreto y un mundo complejo. Y debe afrontar el reto y emprender nuevos caminos igual que hicieron las anteriores generaciones.

### **Ir a la raíz. El País, 18 de octubre**

Mientras en España y Estados Unidos, los dos países en los que se han producido contagios secundarios de ébola fuera de África, la mejoría de los afectados y sus contactos hace prever una evolución favorable, las víctimas de la epidemia no dejan de aumentar en los tres países en los que sigue activa. Guinea Conakry, Liberia y Sierra Leona siguen luchando con menos medios de los que son necesarios contra la infección. La OMS lleva contabilizados 9.000 contagios y 4.400 muertes; los expertos coinciden en que esas cifras están lejos de reflejar toda la realidad.

De no destinarse rápidamente más medios a reforzar los sistemas sanitarios de esos países, la epidemia puede llegar a causar hasta 10.000 nuevos infectados por semana, 10 veces más de los que ahora se producen, con una mortalidad del 70%. A pesar de estas predicciones, la respuesta internacional sigue siendo tibia. Hay más preocupación por el inútil intento de sellar las fronteras al virus que por atajar el problema donde realmente puede combatirse: en África. Los ministros europeos de Sanidad ni siquiera se han puesto de acuerdo en una estrategia común; mientras, algunos países aplican o debaten medidas de dudosa eficacia, desde la suspensión de vuelos al control de la temperatura de los pasajeros procedentes de las zonas afectadas. Con la medición de la temperatura se podría descubrir y diagnosticar algún caso y evitar los contagios que pudieran derivarse, pero eso no impediría que el virus entrara a través de pasajeros infectados que aún no presenten síntomas. Y es una medida que tiene el grave inconveniente de generar muchos falsos positivos pues una persona puede sufrir fiebre por otros motivos. Y también falsos negativos, con lo que el riesgo de contagio no se elimina.

Los países occidentales reaccionan de forma inadecuada. Es en África, el lugar de origen de la epidemia, donde debe combatirse el ébola, y el hecho de que en dos lugares —Nigeria y Senegal— se haya logrado contenerla muestra el camino a seguir. Es, sobre todo, una cuestión de recursos. Los ciudadanos deben saber que la mejor forma de protegerse no es cerrar las fronteras, sino enviar medios y profesionales sanitarios al foco de la epidemia. En un mundo tan interconectado, la pretensión de que lo que ocurra en África no nos afecta es errónea. Tarde o temprano, lo que no hagamos ahora por ayudar se volverá contra nosotros.

## **Congelar óvulos, El país, 20 de octubre**

Dos de las multinacionales tecnológicas más importantes del mundo, Facebook y Apple, han incluido entre los incentivos que ofrecen a sus empleadas la posibilidad de financiar la congelación de óvulos para posponer la maternidad. No se trata de una ayuda menor: el tratamiento de estimulación ovárica y posterior congelación cuesta alrededor de 8.000 euros, más una cuota de otros 400 anuales por mantenimiento. Las empresas señalan que la edad de maternidad coincide con el periodo de máxima productividad y exigencia en la carrera profesional, y calculan que con esta ayuda podrán atraer a más mujeres en un sector, el tecnológico, con escasa presencia femenina.

En principio, no habría nada que objetar a que una empresa ofrezca a sus trabajadores apoyos de tipo social. Pero la medida ha generado controversia entre los que ven ventajas y los que subrayan los inconvenientes. El planteamiento adopta un discurso explícito de ayuda a la maternidad y de control del calendario de la fertilidad; pero el mensaje implícito que le acompaña es que un embarazo es difícilmente acomodado a los altos niveles de competitividad y exigencia profesional, y que para poder progresar profesionalmente hay que posponer la maternidad, cuando no renunciar a ella.

Es posible que esta idea esté ya interiorizada y muchas mujeres se acojan al incentivo. Pero hay que recordar que la solución que se ofrece es incierta. Las técnicas de congelación de óvulos están lejos de garantizar la maternidad. Se recomiendan, como mal menor, para mujeres con cáncer cuya fertilidad puede verse afectada por la quimioterapia. Para conseguir un embarazo que dé lugar al nacimiento de un bebé, el óvulo ha de salir bien parado de la congelación, debe ser después fecundado *in vitro* (algo que no siempre se consigue) y superar el procedimiento de la implantación uterina, fase en la que muchos tratamientos de fecundación asistida fracasan. El resultado no es seguro.

Dado el valor de tendencia que marcan ciertas empresas, hay que ponderar bien los efectos que tendría la generalización de un planteamiento así, que no debe considerarse un método de conciliación de la vida laboral y familiar, pues implica aceptar la idea de que maternidad y éxito profesional no son compatibles. Bastante se ha resentido ya la natalidad en los países avanzados por las dificultades de conciliar.

El problema es más complicado que dar facilidades a las mujeres hasta que puedan encontrar el momento adecuado para ser madres. La protección de la maternidad interesa en primer lugar a las mujeres, pero no solo a ellas; concierne a toda la sociedad. En lugar de buscar fórmulas más o menos atractivas que esquivan el problema, Gobiernos y empresas deben estudiar muy en serio medidas que hagan realmente compatible la profesión y la maternidad en la edad más idónea para ella —y sobre la que la mujer pueda tener capacidad de decisión— y no cuando sea ya demasiado tarde.